

Allí el jacinto se ve
diciendo, en tierna porfía,
ay! que al vivir solo un día
efímera era mi fe.

Aquel jazmín sin trabajo
sus flores con abundancia
rinde, porque su fragancia
en *hojas haga agasaj.*

Cuando á saltos se desgonza
cada bruto se espereza,
y venciendo su pereza
áun parece el *asno onza.*

El buey el arado espera
que el tardo afán le destina,
pues la misma luz vecina
quien le mueve á que *are era.*

León, no el rigor dibujes
en ferezas más bizarras,
si en cada uña de las garras
vibrando una *segur ruges.*

El corderillo se alarga
al pasto en que, sin reserva,
allí siega dulce yerba
y allí embiste á *grama amarga.*

La cabra á cumbre tan alta
sube á inquietas travesuras,
que parece en sus alturas
que sobre el mismo *Atlas salta.*

Mas tú, pastor, no rehuses
dejarla en su libre empeño,
y para echarla al despeño,
no de que *se suba abuses.*

Labrador, respire ya
sin zozobra tu deseo,
pues de la esperanza empleo
la tierra que *aves será.*

Ya de agradecer acaba
el rigor, que la avaricia
correspondiendo propicia
al que tierra *avara araba.*

Por selvas, montes y valles,
pastor, tus rebaños guía,
porque la estampa del día
en la luz que *sella halles.*

Allí el cazador la vaga
huella á su deseo ajusta,
que á garza en el aire asusta,
y en la tierra á *gama amaga.*

Allí al pescador cortar
se ve con la red que ata
una ría que, de plata,
se duda si es *ramo ó mar.*

Más vecino se repara
del sol á la ardiente lumbre
aquel monte, cuya cumbre
le dice á *rayos soy ara.*

Bien al día la luz pagas
retratándola en tus ojos,
cuando con dulces despojos
su esplendor, *zagala, halagas.*

Pero, si corres los velos
á la luz de tu beldad,
causará su claridad
á los mismos *soles celos.*

El ruisenior que cantar
oyes, de inclinarte acabe
al amor, pues áun él sabe
desde aquella *rama amar.*

En su amorosa canción
hallarás tal n elodia
que, á competir su armonía,
confiado *no irá Arión.*

Allí otras aves destroza
veloz pirata sangriento,
y en vuelo que excede al viento
las nubes el *azor roza.*

Y cuando el claro zafir
las leves plumas enciende,
persuade al giro que estiende
que el oro les *risó ofir.*

La águila el sueño sacude,
y sus polluelos al sol
ofreciendo, al arrebol
con que los *educa acude.*

Todo, en fin, naciendo el alba
á su aplauso se dispone,
y á su aclamación compone
el orbe en sus *aulas salva.*

Yo no he alcanzado á medir
de su pintura el compás
con más frescura, aunque más
quiera de su *risa asir.*

Logren otros el exámen
del sol, que es del cielo broche,
por que su luz que á la noche
le rompen la *nema amen.*

Pincel pide más sutil
empeño tan superior,
aunque el más alto primor
es facil en *Lima á mil.*

Y si allá el Parnaso está
en Acaya, según creo,
y en esta Academia veo,
también *Acaya hay acá.*

Honre en ella á la poesía
tan gran Príncipe, que Apolo

quien pudiese darle solo
algunos *aires sería.*

De don Pedro de Peralta:

En el Apolíneo estadio
pintar la Aurora es mi intento;
Musa! concede á mí aliento
cuanto puedes *hoy dar radio.*

Mas si en tu luz, rosa á rosa
oh, Aurora! influjos respiras
dictame tú, pues me inspiras
cuanto hasta hoy, me *has oído*

¡Oh Diosa!

Tu albor siempre adoraré,
y si hoy me influyes verás
que, en tus altares, jamás
efímera haré mi fe.

Solamente por ti anhele
mi ingenio, pues venerando
te estoy siempre oh, Musa! cuando
á tu luz me *elevé ó vele.*

Cantando cuanto influyeres
diré, pues tu albor me inspira,
cuanto hoy á mi tenue lira
con rostro *sereno oneres.*

Cuando tu esplendor se acerca,
nuevo ser, al orbe pones
templo, que de cuantos dones
feliz le *acreces se cerca.*

Pero ya con gloria rara
asoma su luz primera,
y á su imágen cada esfera
se hace rayo á *rayo hoy ara.*

Purpúrea, oriental cuadriga
la lleva en rayo luciente,
y cada bruto ferviente
diestra rige y *ágil liga.*

Coronada cual jamás
de mucha perla y diamante,
cintillo hermoso delante,
peregrina *sarta atrás;*

el carro á una mano encarga,
y con la otra el pelo hermoso,
el floriso adorno airoso
donde más le *agracia ahí carga.*

Toda la campaña engrie
siendo, en las que alienta, flores;
siendo, en los que hace, colores;

Flora si habla, *é Iris si rie.*

Cuando el horizonte pisa,
flores y arroyos despiertan;
mas si compitiendo aciertan
entonces á *asirse es risa.*

No hay quien sus grandezas tase,
ni se ve qué arte ó primor
cuando ella de cada flor
en *Apeles se le pase.*

Al verla Júpiter queda
tal, que de su luz divina
ya no es más Vesubio Egina,
ni en *adelante Etna leda.*

Con esplendores la salva
Venus le hace entre placeres,
y entonces con roscleres
aun más bella *háblale el alba.*

Y aunque por Adonis clama
Citea en sus desvelos
y amante ardid, porque celos
á *Marte son, no se trama.*

Solo ella le buscará
al amanecer hermosa,
porque en el mundo no es cosa
un *Adonis si no da.*

La noche siéndole ya
la armonía causa espanto,
y huyendo del dulce canto
de diurnas *aves se va.*

Temiendo la luz stíave
precipitada apresura
por golfos de horror la oscura
carroza de *ébanos ó nave.*

Allí comienza á trinar
Filomela que, al reir
la Aurora, aun más que gemir
muestra en cada *rama amar.*

Allá del monte hacia arriba
vuela escuadrón susurrante
que, en cada rosa fragante,
todo el néctar *hábil liba.*

Aquí porque fiel se abraza
á un tronco una planta viste,
ese es olmo; ama y persiste,

esa es yedra; arde y se ase.

Acá una fuente perene
murmúrios forma sonantes,
cuando entre las sombras antes
en el aire hería *Lene*.

De ninfas allí una tropa
en mesas la brinda bellas,
dándole á cada una en ellas
no ya *apócrifo Ofir copa*.

Del mar á aplaudirla salga
cada gracia, y de coral

sea cuanta en su cristal
al pisar la *aglaya ay alga*.

Cuantas de su seno aborte
Tétis muestre maravillas,
y Proteo á las orillas
con la grey que *atropa aporta*.
Sombra sus luces no estorbe,
y venga á exaltarla al Pindo
cuanto hay del Tanais al Indo
y del Rimac al *Erbo orbe*.

De don Jerónimo de Monforte:

Cuando en traviesa armonía
de claveles y azucenas
que el susurro somponía
pulsándolas lento, apenas
las hojas el *aire hería*.

Pielagos de luz navega
la Aurora, y con los albores
matutinos que despliega,
en ondas de resplandores
á la sombra *agena anega*.

Jurisdicciones señala
su luz, entre noche y día,
con vistosa pompa y gala,
y dando al velo osadía
riza la pluma *ala ala*.

La tórtola, al despertar,
con arrullos repetidos
su dolor llega á explicar,
que hasta un ave con gemidos
sabe entre la *rama amar*.

Ya el corderillo retoza
al ver que la luz se expresa,
el gañán deja la choza,
y en demanda de la presa
los aires el *azor roza*.

Ya porque el corcho reciba
de tarea provechosa
el jornal, pronta y activa
á las flores oficiosas
la abeja más *hábil liba*.

Ya sus incendios declara
el que en Delfos fué propicio;
y á surcos de rayos, para
alumbrar su sacrificio
la mas remota *ara ara*.

En el laurel extremada
ya se ve la luz de Apolo,
porque aun siendo desdenada
constante porfía, y solo
por amante á *Dafne enfada*.

Bien en tronco convertir
debió su inhumano ser,
pues no pudo persuadir
en el genio de mujer
el oro que *rifó Ofir*.

Y con tal ejemplo, calle
mi musa, pues no sabré
proseguir del bosque ó valle
en la pintura, hasta que
otro como *ella halle*.

De don Mathías Angles:

A la más piadosa pido
musa del coro celeste
que, con su influjo, me preste
benigna sin odio *oído*.

A que de la Aurora diga
los esplendores süaves,
y hoy á mi rudeza graves
melodías *ágil liga*.

Por esa encumbrada loma
se descubre y se desvía,
y por lograr mi alegría
la dije yo: á *mosa asoma*.

Hermoso y bello candor,
que á toda la esfera dora,
en tí sola se atesora,
áun mejor que en *Roma, amor*.

La floresta matizada
con tu vista permanece,
con tu aljófar enriquece
y te llama: á *dama amada*.

Aurora felice y bella
que al sol y el día conduces
con tus rozagantes luces,
cuántas sombras *halles sella*.

Las aves te hacen la salva,
las fuentes, rios y prados,
y en contentos declarados
la insensible te *habla alba*.

Ya cuidadosa sacude,
sin que te cuesten desmayos,
esos brilladores rayos
y á mi gozo *educa acude*.

Quien hoy no ha de apetecer
tus matutinos candores,
cuando con tantos primores
tu albor se *reía ayer?*

A todo viviente acuda
tu luz, que al contento inflama,
y pues el orbe te aclama
gratas le *adulas saluda*.

Anuncio dichoso llega,
y, en vistosos resplandores,
da nuevo ser á las flores,
y á la noche *agena anega*.

No quieras que Lisi bella
con sus dos soles alumbre
desde el valle hasta la cumbre,
y que Aurora se *halle ella*.

Porque el cielo dá gentil
á este hermoso firmamento
auroras de ciento en ciento,
los rayos en *Lima á mil*.

Es tu lucido arrebol
el sol que idolatro ufano,
que afectos de un cortesano
los usa ese á su sol.

Y pues tu hermoso lucir
alegra este ameno prado,
en la márgen admirado
podré de aquel *rio oír*;

con qué dulce suspensión
triste aquel rui señor canta!
cuando á todo oyente encanta
á imitarle *no irá Arión*.

Llora de tu ocaso ya
el próximo sentimiento,
pues en él todo el contento
á flores y *aves se va*.

Aquí mi númen paró
su corto, ignorante vuelo,
que aun en asunto de cielo
no he sabido hablar *hoy yo*.

JUICIO SINTÉTICO

Faena de peón caminero más que de hombre de letras fué la realizada, en esta y la anterior velada, por cada uno de los poetas que escribieron sobre el insulso tema designado por el virrey. Se ve que los académicos estrujaron el cerebro para borrar versos, y no decir nada en sustancia. Difícil, si no imposible, sería para un censor acordar premio á alguna de las composiciones leídas. Todas me parecen á cual peor, y lamento que hombres, de clara inteligencia y de reconocida ilustración, malgastaran su ingenio en ineptias tan piramidales. Ciertamente que no hicieron más que pagar tributo al mal gusto de su tiempo, y esta consideración es bastante para disculpar toda extravagancia.

R. P.